

EL NACIONALISMO CONSERVADOR MEXICANO

DESDE LA REVOLUCIÓN HASTA 1940

Albert L. MICHAELS

I. Las raíces históricas del conservatismo mexicano

Para 1940, el conservatismo en México se encontraba firmemente anclado sobre dos tradiciones derivadas, ambas, del primer período de su independencia. La más característica desde el punto de vista de su consistencia ideológica era la de la Iglesia cuyos defensores se adherían a una tradición española católica, lo cual significaba el retorno a las prácticas de la Nueva España colonial. La segunda tradición tenía su origen en el liberalismo del siglo XIX con su fe en el progreso, el individualismo, el gobierno descentralizado y la restricción de la actividad de la Iglesia a asuntos espirituales. Ambos grupos padecían periódicamente una enfermedad que pudiera llamarse el “don Julianismo”, es decir, la tendencia española de los vencidos a acudir a los extranjeros para solucionar los problemas nacionales. En México, tanto los liberales como los católicos conservadores deseaban que los extranjeros se retiraran una vez cumplida su misión. Ambos partidos, en lo general, tenían fe en México, pero diferían sobre lo que era la nación, quiénes deberían gobernarla, y cuál sería su destino.

Durante mucho tiempo los católicos de México lucharon más por un prejuicio que por un ideal. Bajo la dirección de clérigos reaccionarios, se oponían a la mayoría de las ideas que no correspondían al ideal católico de vivir según el siglo XVIII. Odiaban a los Estados Unidos y a la Europa liberal. Para ellos, el mexicano era sobre todo un católico cuya cultura espiritual estaba por encima del materialismo del mundo anglo-sajón. Suspiraban por la época tranquila del régimen colonial del siglo

xviii en la cual su existencia había sido pacífica y ordenada bajo un gobierno central estable en la ciudad de México. Este anhelo se convirtió en fanatismo alimentado por la dislocación y la destrucción que acompañaron a la rebelión de Hidalgo y los cuartelazos frecuentes de los primeros años de la Independencia. Se dirigían a la Iglesia en busca de la seguridad intelectual y a los monarcas europeos para la salvación militar. Deseaban establecer en México una sociedad donde reinara la justicia y el orden, basados en la Iglesia, el rey, la aristocracia, la fe común, la seguridad de la propiedad y el ejército disciplinado. Creyeron que la Independencia había perturbado el orden social natural, y lucharon con la espada, la pluma y la cruz para restaurarlo. Dentro de este partido encontramos diversos tipos, clérigos de todos los grados, la mayoría de los propietarios ricos, los elementos más pacíficos de la clase media, y aventureros en busca de poder y de riqueza. Sobre todo dirigían sus miradas hacia la Iglesia, la cual, según ellos, era la única fuerza de México contra la anarquía creciente que parecía amenazar tanto sus vidas y propiedades como sus almas.

Opuestos al primer grupo se hallaban los que se denominaban liberales. Este partido, con ciertas reservas, confiaba en el nacionalismo de la Revolución Francesa, con sus doctrinas de lealtad, igualdad y fraternidad. Ellos dirigían sus miradas hacia los Estados Unidos para inspirarse en su política y mostraban su preferencia por un gobierno federal con su sistema de represión y compensaciones. Según los liberales, el movimiento hacia la independencia no se había desarrollado bastante; deseaban ver una Iglesia mexicana, un ejército más nacional que federal, y una economía capitalista basada en la industrialización y la propiedad, la cual reemplazaría el sistema tradicional de la hacienda. Estos liberales, en cierto sentido, formaban la *élite*, pues llegaron a creer en una república administrada por una clase científica cuyas virtudes coincidían, casualmente, con las suyas propias. El grupo liberal, al igual que sus adversarios conservadores, distaba mucho de formar un conjunto homogéneo en cuanto a su filosofía y composición: incluía propietarios intelectuales, la mayoría de la reducida clase profesional de

México, estudiantes, indios ambiciosos, mestizos, y varios caudillos que tenían cierta fuerza militar en su región. El liberal, con su pasión ardiente por el progreso, no se oponía a la expropiación de propiedades eclesiásticas, ni al saqueo eventual de alguna hacienda para emplear los bienes en beneficio del progreso y la libertad.

Como consecuencia de su constante interacción, estas dos facciones consiguieron prolongar en México un estado de sangrienta guerra de principios, lo que dio por resultado un período de sesenta años de desorden. La violencia fue detenida por la dictadura de Porfirio Díaz quien logró conciliar o dominar ambos grupos durante cerca de treinta años. Pero la disputa continuaba sordamente, hasta el día en que resurgió nuevamente bajo el ímpetu de un rico propietario de Coahuila el cual levantó la antorcha de Prometeo con la que Zapata, Villa, Carranza y otros intentarían arrasar al antiguo régimen.

La Revolución de 1910 no señaló el fin del conservatismo en México. Los grandes propietarios seguían existiendo así como el elemento clerical que, a pesar de las humillaciones sufridas, continuaba beligerante. Además, muchos de los antiguos liberales se unieron al movimiento revolucionario y trataron de establecer un México basado en sus antiguos ideales. Encontraron apoyo inmediato entre muchos de los más radicales revolucionarios que ya habían aprendido que algunos son más competentes que otros. Entre los nuevos ricos y los antiguos liberales surgió un nacionalismo conservador que se encontraba en conflicto tanto con los que pensaban que la Revolución aún continuaba, como con los que no querían admitir que dicha Revolución hubiera ocurrido. En México existían entonces dos tipos de nacionalismo conservador. El primero deseaba un México basado en la civilización de España y en la Iglesia; el segundo deseaba el progreso, pero a través de un sistema de paz y orden, que se asemejaba muy poco al ardor revolucionario de 1917.¹ El primero rechazaba la Revolución y todo lo ocurrido desde 1910; el segundo aceptaba la Revolución, pero creía que ésta debía ya detenerse. El partido católico rechazaba la democracia, los revolucionarios conservadores proclamaban sin convicción

su lealtad a este principio, pero afirmaban que los mexicanos no estaban todavía listos para escoger sus propios líderes.

II. *El nacionalismo católico*

Para entender el nacionalismo católico en México, es necesario distinguir entre la Iglesia, el clero, y el partido clerical. La Iglesia en México contaba con 15 115 343 fieles, según el censo de 1930.² Sólo un pequeño porcentaje de éstos eran católicos practicantes en el sentido norteamericano, los demás eran indiferentes o practicantes de ritos más o menos desviados de la ortodoxia católica. La Iglesia era urbana en primer lugar y los fieles pertenecían a las clases media y superior.³ La gran masa rural que se decía católica únicamente había adoptado a los santos como sustitutos de antiguas deidades y no entendía el conflicto nacional entre la Iglesia y el Estado. Entre los indios y la clase media mestiza existía una devoción general a la Virgen mexicana⁴ cuya imagen pudo ser algunas veces empleada por los conservadores para ganar adeptos a su causa; esos grupos, sin embargo, no sentían mucha simpatía hacia el clero. En general la gran masa de católicos mexicanos no se conmovía a menos que viera amenazados a sus santos patronos. El clero se había separado de la masa de los católicos mexicanos. Mucho había cambiado la situación desde la época en que Las Casas y Quiroga habían luchado para proteger a los indios contra los rapaces encomenderos. Los sacerdotes vivían, en su mayoría, en las grandes ciudades o en las haciendas y eran a menudo serviles en sus atenciones a los feligreses ricos. Como resultado de esto, la mayoría de los católicos mexicanos, pobres y humildes, había perdido todo contacto con el clero. El partido clerical en México comprendía aquellos seglares dispuestos a arriesgar su vida y su seguridad en defensa de la Iglesia. En esta categoría, que ha variado en calidad y cantidad a través de toda la historia mexicana, se encontraban muchos católicos devotos, pero se incluían también aquellos que tenían en la Iglesia su más firme esperanza para contener la violencia que, según ellos, amenazaba al país con el desastre.

El clero en México se mostró, en general, hostil a Madero.⁵ El día 23 de febrero de 1913, cuatro días después de la muerte de Madero, el periódico católico de Oaxaca, *El País*, publicaba el artículo siguiente:

En la Iglesia de la Soledad se celebró una solemne función religiosa para dar gracias por haber concedido la salvación de la república. El templo estaba lleno de fieles pertenecientes a varias clases sociales. Se adornaron todas las calles.

En sus memorias, el general Obregón habla de sacerdotes que pelearon en el ejército del general Huerta. No había clérigos eminentes en los ejércitos de Villa y Zapata. A través de todo el período revolucionario se desarrolló un odio mutuo entre el clero y los generales revolucionarios. La debilidad de la Iglesia se demostró en su fracaso para levantar a las masas católicas en favor de la justicia y el orden, representados en un principio por Díaz y posteriormente por Huerta.

La revolución tocaba a su fin, pero el conflicto entre la Iglesia y el Estado subsistía. La Iglesia no podía aceptar la revolución y el Estado no podía tolerar la oposición aún vigorosa de la Iglesia. Como prototipo de los clérigos implacables citamos al combativo obispo de Guadalajara, Orozco y Jiménez, quien había reclutado tropas para Huerta y después había seguido provocando numerosas dificultades a las autoridades civiles. En 1921, después de once años de revolución, Orozco y Jiménez difundió una carta pastoral:

¿Quiénes son aquellos pobres a los cuales Dios mira con compasión? Ciertamente no son los pobres que viven descontentos de su suerte, envidiosos de la fortuna de los demás, los que se rebelan contra el trabajo y ansían gozar de la vida actual sin la necesidad de ganar el pan con el sudor de su frente... El Salvador ama a los pobres que son resignados y sumisos, sufridos y pacientes, que no dirigen sus deseos hacia las cosas de este mundo, sino que tratan de acumular tesoros en el cielo. Pobres, amad vuestra humilde condición y vuestro trabajo; dirigid vuestras esperanzas al cielo: allí se halla la verdadera riqueza.

La Iglesia insistía también en resistir a la reforma agraria y al alza de salarios. Respecto a la educación, el clero hacía frente

a las nuevas ideas (como las socialistas, ateas, o protestantes) y afirmaba que no debería existir ninguna educación que no fuera la católica. El esfuerzo más importante del clero se llevó a cabo en el campo del trabajo. A principios de siglo se habían establecido "círculos de trabajo" católicos. Éstos eran mutualistas y cooperativistas, ideados con el fin de unir a los sacerdotes con la clase trabajadora. (Unos cuantos jóvenes solían reunirse con el sacerdote para discutir diversos asuntos.) En 1911 se organizó el Partido Nacional Católico que trató de aplicar los principios cristianos a los problemas del trabajo sin amenazar el orden público y sin que perdieran sus derechos los capitalistas y patronos.⁹ En 1913 se convocó a un congreso con objeto de organizar una Confederación Nacional de Círculos Católicos de Trabajo. Este congreso de trabajo recomendó reformas tales como las que se refieren al salario mínimo, al empleo de menores, a seguros para casos de accidentes y vejez, seguros de paros forzosos, tribunales de arbitraje, todas las cuales anticipan el artículo 123 de la Constitución de 1917. Este congreso siempre ha sido una fuente de orgullo para los católicos mexicanos. Alfonso Junco, uno de los más prominentes polemistas católicos, llama al congreso de 1913 "una reunión en la que... se expusieron ideas y programas de una fuerte, avanzada y generosa sociología".¹⁰ Al mismo tiempo, el clero, desde el púlpito, atacaba violentamente a los sindicatos. Se consideraba como pecado mortal el hecho de que un católico se afiliara a un sindicato basado en la lucha de clases y el hacerlo implicaba el riesgo de la condenación eterna.¹¹ En 1921, la Iglesia inició su propio movimiento de trabajo, la Acción Social Católica. Ésta estaría también compuesta por organizaciones locales de trabajo dirigidas por el sacerdote residente. Los preceptos de este movimiento se encontraban en la encíclica *Rerum Novarum* de 1893 y en el Congreso Católico Mexicano del Trabajo de 1913. Existía, sin embargo, una novedad fundamental consistente en el hecho de que el movimiento aceptaba las huelgas a condición de que dichas huelgas no perjudicaran los derechos de los patronos.¹² La oficina central del movimiento se estableció en Guadalajara, en donde aquél adquirió cierta fuerza antes del

año de 1924. En 1924, estos sindicatos desaparecieron ante la creciente violencia de la lucha contra el Estado. Según Marjorie Clark, que ha estudiado la cuestión del trabajo en México, ni una sola huelga fue declarada por un sindicato católico.¹³

La actitud intransigente de la Iglesia era en gran parte una reacción a la actitud violenta anticlerical del gobierno tanto nacional como estatal. Había algunos elementos, en el gobierno federal y en los Estados, que deseaban destruir la Iglesia desde sus cimientos, y esa actitud contribuía a hacer imposible cualquier avenencia. En 1923 el delegado apostólico de México, arzobispo Fillipi, fue expulsado por haber oficiado en una ceremonia en la cima de una montaña, en Guanajuato, en donde fue consagrado un monumento a Cristo Rey, ante unos 50 000 peregrinos.¹⁴ En 1924, el Secretario de Agricultura decretó que aquellos empleados de la Secretaría que se atrevieran siquiera a decorar sus hogares con símbolos católicos serían cesados.¹⁵ En 1925, se organizó la Iglesia Católica Cismática de México. Esta Iglesia recibió el apoyo del gobierno de Calles que transfirió algunas grandes iglesias de la ciudad de México a la nueva secta. La nueva Iglesia era nacionalista, opuesta a la dominación romana y al clero internacional. Revelaba un nuevo modernismo en un decreto que proscribía el celibato entre los sacerdotes.¹⁶ El 24 de junio de 1928 el Congreso de la Unión aprobó una ley que haría operantes las cláusulas anticlericales de la Constitución: en ella se prevenían sentencias de cárcel para los sacerdotes que no hicieran caso de aquéllas. Cada sacerdote debía inscribirse en el registro de las autoridades civiles: 37 sacerdotes fueron detenidos por no haber obedecido a dicha estipulación.¹⁷ La Secretaría de Educación Pública decretó la instrucción laica en las escuelas particulares. Todas aquellas escuelas en donde se enseñaba la religión fueron clausuradas. Se intentó substituir el matrimonio religioso por la boda socialista. Los novios deberían desfilar al compás de la música de la Internacional o de la Marsellesa.¹⁸ El Estado atacó violentamente a la Iglesia y fueron desterrados los sacerdotes y religiosas extranjeros. Los nacionalistas revolucionarios habían siempre considerado como un agravio el hecho de que gran parte del clero de México fuera ex-

tranjero. El presidente Calles informó a los clérigos indignados que “tenían ante sí dos caminos: o ir al Congreso o levantarse en armas”.¹⁹ Más tarde Calles diría a un historiador español “que lo mejor que pudiera ocurrir en este país sería que explotara una bomba de dinamita bajo la basílica de Guadalupe”.²⁰

Durante toda esta época la Iglesia resistió a las tentativas cada vez más intensas del gobierno para destruirla. En 1925 el obispo de Tulancingo prohibió a todos los sacerdotes de su diócesis la sumisión al gobierno respecto a asuntos eclesiásticos. Afirmó que las Leyes de Reforma se oponían a la ley divina que dice “no hurtarás” y exhortó a los fieles a que lucharan en nombre del Señor por medios tanto ordinarios como extraordinarios.²¹ En 1926, el partido clerical entró a la lucha y organizó la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. En el mismo año este grupo expidió una circular que desafiaba al gobierno y proponía un boicot de todos los productos que no fueran indispensables para la vida. Su objeto era provocar una crisis económica y derrocar al gobierno de Calles. Esta circular llevaba un endoso del arzobispo de México y del obispo de Villahermosa, quienes afirmaban que el boicot “era digno de toda alabanza”.²² La circular apareció después del anuncio hecho por el arzobispo de México y publicado en *El Universal*, de que la Iglesia resistiría toda tentativa de poner en práctica los artículos 3, 5, 27 y 130 de la Constitución. La Liga recurrió a las embajadas extranjeras pidiendo la intervención exterior en favor de la Iglesia.²³ El 1º de julio de 1931, se suspendieron todos los servicios religiosos y el clero se declaró en huelga. El conflicto armado sobrevino con la inevitabilidad de una tragedia griega.

Lo que siguió fue una guerra de religión que tuvo la violencia y el fanatismo de las del siglo xvi. Los cristeros —rebeldes en favor de la Iglesia— nunca sumaron más de 12,000 miembros,²⁴ pero contaban con muchos simpatizadores. Su fuerza era mayor en los Estados occidentales, Jalisco, Colima, Michoacán, y en el Estado de Guanajuato. Su caudillo era el general Enrique González, hijo, cuyo padre había sido ministro de Huerta. Llevaban la bandera nacional con la Virgen en lugar del águila sobre el nopal. Sus gritos de batalla eran “¡Viva Cristo Rey!” y

“¡Viva la Virgen de Guadalupe!” Su programa, que se hizo circular en 1928, exigía el retorno a la Constitución de 1857 sin las Leyes de Reforma, los derechos electorales para las mujeres, y la compensación justa y efectiva por las tierras confiscadas.²⁵ Cometieron atrocidades pavorosas.²⁶ Quemaron escuelas y asesinaron profesores; atacaron trenes y atentaron contra la vida del ex presidente Obregón. Los cristeros constituían esencialmente un movimiento del partido católico. El episcopado afirmaba constantemente su intención de emplear sólo métodos pacíficos, pero nunca repudió ni protestó oficialmente ni prohibió la rebelión armada. En una entrevista con el *New York Times* del 9 de julio de 1927, el obispo Díaz, de Villahermosa, declaró “El gobierno de Calles tiene que caer y con su caída la Iglesia recuperará su antigua posición”.²⁷ El combativo arzobispo Orozco y Jiménez logró esconderse y prestó ayuda a los cristeros.²⁸ Algunos sacerdotes acompañaban con frecuencia a los soldados como capellanes.

La rebelión de los cristeros duró tres años, hasta 1929. La razón de su duración se debió más al gobierno que al fanatismo de los cristeros. Los rapaces generales del ejército fiel hicieron al gobierno un flaco favor al asesinar o encarcelar a todo hombre rico que profesara la religión católica en cualquiera de los Estados rebeldes. Lo que principió como una guerra de religión se convirtió en una guerra de clases. Esas tácticas llevaron a muchos ciudadanos pacíficos a unirse a las tropas de los cristeros. El general Jesús Ferreira limpió una vasta región y hacinó a los habitantes en “plazas”, enormes campos de concentración de los cuales Weyler o Kitchener se habrían enorgullecido. Otros miembros del ejército, llevados de lo que Carlton Beals llama “el instinto de saquear”, pillaba el campo.²⁹ El rico Estado de Jalisco quedó completamente arruinado.

En 1929, la disputa se moderó gracias a los servicios del embajador americano Dwight Morrow. El gobierno ofreció retirar ciertos decretos y los cristeros abandonaron las armas. La rebelión y la huelga habían fracasado. La Iglesia no había podido provocar una sublevación nacional porque le había faltado una organización nacional y un programa suficientemente am-

plio. La lealtad del campesino no se dirigía a su religión sino al santo de su pueblo o a las tierras recién adquiridas. Frank Tannenbaum escribió en 1933 que "la Iglesia Universal había sido destruida y había sido reemplazada por el autosuficiente pueblo indio".³⁰ Ernest Gruening había escrito en 1928 que "el clero había desaparecido sin un murmullo de las vidas de un pueblo supuestamente católico".³¹ Tannenbaum, Gruening y Beals, todos creían que la devoción del mexicano a las tierras recién adquiridas destruiría el poder de la Iglesia y del clero para siempre. Subestimaron varios factores. Primero, la reforma agraria iba a detenerse en los primeros años de la década de los años treinta, y no se reanudaría sino hasta 1934, cuando ya muchos estaban desilusionados. Segundo, existía en México un considerable partido católico cuyo derecho de propiedad estaba estrechamente ligado a la disputa entre la Iglesia y el Estado. Este grupo se vio aumentado por muchas mujeres de la nueva clase de ricos revolucionarios quienes querían consolidar su posición social identificándose con la Iglesia.³² Tercero, la Iglesia podía modificar su programa para que concordara con el nacionalismo y el progreso social, y para recuperar su influencia entre los pobres. Cuarto, y probablemente el punto más importante, en varios Estados occidentales y centrales en donde los cristeros habían sido aplastados con tanta brutalidad, se había desarrollado un proletariado amargado, formado por las verdaderas víctimas de la rebelión cristera.

Después de 1924, la lucha continuó. En marzo de 1931 una bomba estalló durante una misa en la ciudad de Veracruz y muchas personas resultaron heridas. En el Estado de Veracruz, los sacerdotes fueron limitados a uno por cada 100,000 habitantes y los gobiernos estatales tomaron posesión de los edificios eclesiásticos. Casi todos los Estados restringieron el número de sacerdotes, desde uno por 60,000 habitantes en Chiapas, Durango y Querétaro hasta uno por 20,000 habitantes en Sonora.³³ En 1932, en la ciudad de México se limitó el número a 25 sacerdotes.³⁴ El papa y el clero protestaban constantemente, pero el gobierno persistía. En 1931, algunos funcionarios estatales así

como algunos federales fueron destituidos por adornar sus casas en honor de la Virgen mexicana.³⁵

En 1934, la Iglesia apoyó el programa del general Cárdenas, viendo en esto el menor de los males. Cualquier cosa sería mejor para la Iglesia que Calles.³⁶ Cárdenas, aun siendo un declarado anticlerical que había dicho que el sacerdote y el propietario son aliados y que “cada momento pasado de rodillas es un momento robado a la humanidad”,³⁷ logró llegar a un arreglo. Despidió a Tomás Garrido Canabal —anticatólico patológico— de su gabinete y quebrantó la influencia de éste en Tabasco. Retiró algunas de las leyes anticatólicas más violentas, inclusive una que impedía el uso del correo a la literatura católica.³⁸ A su vez, la Iglesia agradecida le apoyó en contra de Garrido y otros adversarios. Más tarde, en un acceso de nacionalismo, la Iglesia dio su apoyo entusiasta a la declaración mexicana de independencia económica en 1937.³⁹

Sin embargo, algunos elementos poderosos en la Iglesia seguían insatisfechos. Bajo la dirección del antiguo cristero Pascual Díaz, ahora arzobispo, mantenían un ataque continuo contra el gobierno. Eduardo Correa, otro polemista partidario de la Iglesia, afirma que bajo Cárdenas “la persecución religiosa sigue en pie más honda y trascendente que en 1926-1929”.⁴⁰ Este grupo apoyó al “último caudillo mexicano”, el general Cedillo, en la rebelión contra el gobierno que inició en su cacicazgo de San Luis Potosí. Contra la nueva actividad de los fanáticos católicos, Cárdenas aprobó una ley en 1940 que restringió eficazmente las actividades educativas de la Iglesia.⁴¹ Pero la verdadera amenaza a la Revolución surgiría del renovado vigor del partido católico.

Según la versión oficial, el 23 de mayo de 1937 cuatro jóvenes abogados se reunieron en la ciudad de León con el fin de organizar un partido dedicado al restablecimiento del orden social cristiano en México. Creían que este orden se veía amenazado por las fuerzas de la anarquía (o sea la Revolución). El movimiento empezó a difundirse con la rapidez del rayo, tomó el nombre de Unión Nacional Sinarquista, y fue probablemente la amenaza más grave que la Revolución había en-

contrado. Se desarrolló con mucho misterio, empleando los métodos de los masones y de los comunistas. Un organizador iría a un pueblo y se pondría en contacto con el sacerdote. Este reuniría los cinco seglares más fieles en una celda. Cada miembro trataría reclutar otros cinco, y así sucesivamente. El fanático, mal pagado organizador, iba de un pueblo a otro, viviendo con los campesinos a su propio nivel.⁴² Los líderes eran generalmente jóvenes profesionales, quienes por celo religioso o ambición (o por ambas cosas) dedicaban su vida al movimiento. Todos habían renunciado a sus posibilidades de éxito en los centros urbanos. El movimiento creció con mayor rapidez en los Estados centrales y occidentales, Michoacán, Jalisco, Guanajuato, Querétaro, y en el Estado de Guerrero. Eran Estados agrícolas que habían sido generalmente afectados por la devastación de la rebelión cristera. En 1941, se estimó que el movimiento contaba con 500 000 miembros que representaban a unos dos millones de personas. Su periódico semanal, *El Sinarquista*, tenía una circulación de 80 000 números.⁴³

La idea sinarquista era una combinación de los "valores cristianos primitivos" y los métodos organizadores propuestos por Lenin. Se dirigía en primer lugar al campesino. En este aspecto el sinarquismo tuvo éxito porque la mayoría de sus afiliados eran campesinos pobres y analfabetas. Fue una reacción espontánea de una gran parte del pueblo mexicano frente a los vicios del gobierno.⁴⁴ El periódico semanal del movimiento lucía a menudo esta leyenda "¡Campesinos, la revolución os ha traicionado!".⁴⁵ Se dijo al campesino que el sinarquismo significaba la reforma agraria y no la reacción. Con el nuevo orden se eliminaría al funcionario burocrático del gobierno, y el pueblo se liberaría al fin.⁴⁶ Por su carácter popular, el sinarquismo consiguió el apoyo del pueblo y atizó el resentimiento de éste contra los funcionarios ciudadanos. Los sinarquistas prometieron grandes facilidades de crédito a un campesino preocupado por la imposibilidad de obtener préstamos de los bancos ejidales.⁴⁷

Los sinarquistas eran profundamente religiosos. Sus líderes también lo eran y empleaban la terminología de la religión. Aunque el arzobispo Martínez, de México, afirmó que la Igle-

sia no estaba asociada con el movimiento,⁴⁸ el clero, sobre todo en las bajas esferas, le ofrecía un inapreciable apoyo. *El Sinarquista* enfatizó aquella aparente separación cuando dijo "Somos fundamentalmente una acción política en la cual la Iglesia no puede ni quiere tener participación de ninguna especie".⁴⁹ El movimiento representaba una oposición violenta a las medidas anticlericales de la Revolución. Atacaba a las escuelas del gobierno, basándose en que a los niños se les enseñaba allí a renunciar a su fe y a convertirse en comunistas. Acusaba a las otras religiones porque contribuían a la destrucción de la unidad y el orden que el sinarquismo trataba de imponer. Afirmaba la libertad de creencias, pero tal libertad no tenía otra función que permitir a los católicos su lucha contra el anticristo revolucionario.

El movimiento era decididamente hispanófilo y antinorteamericano.⁵⁰ Querían establecer el orden social cristiano basado en Dios, la Iglesia y la familia, en los buenos principios cristianos enseñados y practicados por los primeros frailes españoles, Motolinía, Sahagún y demás. Creían que estos principios habían conservado la paz en México durante trescientos años y que el caos había surgido al ser abandonados por nuevas ideas exóticas. Entre las ideas extranjeras que habían provocado disturbios quedaban incluidas la democracia liberal, el fascismo de los nazis y el comunismo.⁵¹ Estas ideas eran antihispanistas y México era básicamente español y su gloria era la tradición española. A la inversa, la influencia norteamericana era materialista y en consecuencia perniciosa y antiespañola: fue la lucha de Calibán contra Ariel, llevando éste un halo católico. Se oponían a las películas norteamericanas, al anhelo de lujo, a la actitud norteamericana hacia los braceros. En la prensa sinarquista se mencionaba con frecuencia la anexión americana de Texas y California,⁵² y se rechazaba totalmente la sociedad materialista de los Estados Unidos. *El Sinarquista* del 25 de mayo de 1944 alardeaba: "Preferimos el pobre mexicano desnudo y descalzo a aquel mexicano 'dolarizado', rico, imbécil".⁵³ La prensa del partido elogió a la España de Franco y en 1941 se opuso a la cooperación mexicana en el esfuerzo bé-

lico de los aliados. La propaganda del partido se difundió en los Estados Unidos y ganó algunos adeptos en los Estados en los cuales residían numerosos grupos mexicanos.

Como la mayoría de grupos nacionalistas que operan sobre la base del apoyo de las masas, los sinarquistas empleaban una gran cantidad de símbolos y lemas. Adoptaron el antiguo grito de los cristeros, "¡Viva Cristo Rey!", combinándolo con "¡Fe y patria!", "¡Fe, sangre, victoria!", "Sinarquistas, ¡Arriba la sangre"! y otras frases de tono similar. Los miembros llevaban camisas verdes y brazaletes. Su bandera era roja con un círculo blanco dentro del cual había un mapa verde de México con las siglas U.N.S. La hagiología sinarquista aumentaba ya que muchos de sus miembros perecieron en escaramuzas con el gobierno. Su culto al martirio comenzó con José Antonio Urquiza, uno de los iniciadores, muerto en 1938. Se dio la orden de mantener secreto respecto a sus fines precisos y al número de sus afiliados, lo cual atraía a aquellos mexicanos afectos a un ambiente de conspiración. Un folleto sinarquista invitaba a sus miembros a odiar la vida fácil y cómoda: "No tenemos derecho a ella mientras México sufre", "Amor, incomodidad, peligro y muerte".⁵⁴ Debía mantenerse una disciplina absoluta y una obediencia estricta al jefe designado por Dios. El orden cristiano sería corporativo y todos los trabajadores formarían parte de una unión sinarquista. Los líderes dieron gran importancia a la propaganda. Los sinarquistas aspiraban a controlar varios periódicos y estaciones radiodifusoras. Confiaban en que, con el tiempo, México exigiría que la *élite* católica asumiera el poder. Habían aprendido mucho con el ejemplo de los cristeros: los sinarquistas no llevaban armas, ni se oponían al partido oficial en las elecciones.

La Unión Nacional Sinarquista era un movimiento popular basado en las clases campesinas. Otro movimiento laico de carácter más sofisticado fue fundado a mediados de 1934 entre círculos de las clases media y superior. Este partido de la extrema derecha y de tendencias católicas se llamó "Acción Nacional". Su fundación permitió que personas ricas de la misma

orientación católica se expresaran políticamente sin vivir con los campesinos ni verse envueltos en riñas y tumultos.

Tanto los sinarquistas como sus aliados más refinados adoptaron una actitud singular respecto a la historia de México. Para ellos la época colonial fue una edad de oro, llena de una paz y tranquilidad que debían ser recobradas. Estimaban que muchos de los héroes de la Revolución habían sido ruines y traidores. Y muchos de aquellos que eran considerados como los villanos de la Revolución eran venerados por ellos como mártires. Al llegar la era sinarquista se derribarían muchos monumentos y muchos nombres ilustres se cubrirían de lodo. En un discurso, el doctor Rubén Alfaro, líder sinarquista, señalando el monumento a Juárez, dijo: "La época de la llamada Reforma [de 1857] fue una época de deshonra e ignominia y fue éste gran ladrón el responsable de todos los actos vergonzosos cometidos en ese tiempo".⁵⁵ El partido católico aclamó a Iturbide como el padre de la independencia de México en contraposición a Hidalgo,⁵⁶ afirmando que había sido derrocado por las traidoras maquinaciones del agente de los Estados Unidos, Joel Poinsett. Por otro lado, sus miembros consideraron la tranquilidad y el orden reinantes durante el período del presidente Díaz, y se mostraron nostálgicos por la época de oro del Porfirismo.⁵⁷ A principios de la década de 1940, una organización nacionalista llamada Movimiento Unificador Nacionalista, que incluía a los legalistas católicos, mandó oficiar en honor a Cortés una serie de misas en la ciudad de México y en las provincias.⁵⁸ Alfonso Junco en su libro *Un siglo de México* expone claramente el punto de vista de su partido respecto a la historia:⁵⁹

Iturbide: Fue emperador por la voluntad unánime del pueblo. . . Como general y como libertador, es igual a Bolívar y a Washington, si es menos que Napoleón como emperador, es indudablemente superior a estos tres.⁶⁰

Juárez: aceptó o pidió la intervención de los yanquis, singularmente peligrosa para el país y singularmente antipática para todo mejicano.⁶¹

Díaz: probo y patriota que organizó la paz, la concordia y la grandeza material de Méjico, que concentró en su mano por tres décadas la ad-

hesión entusiasta de sus conciudadanos, tendrá inconcusamente en nuestra historia un sitio ilustre; vano será quien quiera deificarlo; injusto quien hable de él sin respeto.⁶²

Junco procede a difamar a cada uno de los héroes reconocidos por los revolucionarios mexicanos, hasta Carranza, elogiando en cambio a cada conservador; muestra afecto especial hacia Miramón,⁶³ el general que fue fusilado al lado de Maximiliano. Junco trata a los norteamericanos y a los que de ellos dependían como ejemplos de maldad, y hace mención especial de Poinsett, "el influjo yanqui", quien derrocó al emperador Iturbide y principió un ciclo de desorden.

Tanto en su acción hacia las masas como en su intelectualismo aristócrata, el nacionalismo católico en México ha mirado siempre con desaprobación a la democracia. Se ha opuesto al proceso democrático porque el pueblo debe buscar la verdad a través de sus líderes, quienes teóricamente escuchan la voz de Dios. Aun los sinarquistas con su propaganda y pretensiones al progreso social, no intentan ocultar su desprecio hacia la democracia. Su literatura hace mofa constante del proceso democrático y exige estricta obediencia al jefe. No hay ninguna doctrina típica de los conservadores respecto a la preparación del pueblo para la democracia. Aun en sus propias reuniones no se confía ningún asunto a los delegados: éstos tienen que obedecer las órdenes de sus superiores. La democracia está corrompida y es contraria a las ideas españolas; no tiene ninguna función en el orden social católico. En cambio, la actitud de los líderes católicos más intelectuales es más astuta: en 1923, Toribio Esquivel Obregón alega que el pueblo no está preparado para la democracia: necesita primeramente del progreso material.⁶⁴ La educación no ofrece una solución mientras no haya posibilidad de satisfacer la ambición de los educandos.⁶⁵ "En México, donde el número de personas de mentalidad india es más del doble de aquellos que poseen una cultura europea, el orador ambicioso y el hombre de espada logran la admiración de las masas".⁶⁶ México debe rechazar el concepto de democracia que lo ha convertido en un paraíso de tontos, y regresar

al método hispánico de seguir las ideas y no los hechos. Obregón creía que la democracia era "el culto de la incompetencia". Decía: "Tengamos el valor de afirmar que la democracia no está hecha para México, y hagamos planes para lograr la honradez y la cultura en la vida nacional".⁶⁷

En el México de 1940 la Iglesia católica estaba lejos de desaparecer. El fracaso de la rebelión cristera había señalado el fin del antiguo clero reaccionario, pero su causa fue adoptada por el partido católico. El antiguo elemento que aún persistía en Acción Nacional no era más que un vestigio del pasado. El nacionalismo católico había sido resucitado por los jóvenes del partido clerical que adoptaron los métodos de los patriarcas de la Iglesia para ganar adeptos a la causa. El resultado fue la paradoja de que el partido católico se consolidara entre los pobres, no en una época de reacción sino durante el renacimiento revolucionario cardenista. Además, existe otra paradoja: la de que un partido que pregona a los cuatro vientos su hispanidad, encontrara la mayoría de sus partidarios entre un elemento que era en gran parte indio por origen y tradición. Hay dos razones que explican el éxito del sinarquismo desde 1937 hasta 1940. Primero, el gobierno revolucionario había perdido contacto con las masas en varios respectos; los líderes habían emigrado a las ciudades, habían comprado automóviles y casas y empleado sirvientes; con excepción de algunos, como el mismo Cárdenas, no tenían ya ningún contacto con el pueblo; el campesino indio se hallaba frente a una multitud de burócratas que le negaban crédito y educaban a sus hijos de extraña manera; además, durante la rebelión cristera, en algunos Estados, tanto los pobres como los ricos habían sufrido la voracidad del ejército federal; desilusionados de la Revolución, muchos buscaban un nuevo ideal. Segundo, los jóvenes líderes del partido católico expusieron un nacionalismo brillante que cautivó el espíritu del México postrevolucionario. Empleaban el populismo de los agraristas contra sus antiguos exponentes, muchos de los cuales se habían convertido en funcionarios de los centros urbanos. Al hacer eso, explotaban la profunda animadversión que existía entre el México rural y el México ur-

bano, exacerbándola con un cariz de fervor religioso basado en la influencia de los santos regionales y de la Virgen india. El programa sinarquista también funcionaba para compensar la frustración de los mexicanos y sus sentimientos de inferioridad. El gringo detestado que les había robado sus tierras, que había intervenido en el gobierno, y que los había mirado con desprecio, se enfocaba ahora en su correcta perspectiva. La cultura religiosa, espiritual y ascética del México hispánico era muy superior a la sociedad materialista y vulgar de los Estados Unidos, llena de *gangsters* y divorcios. El indio más humilde podía ahora identificarse con la gloria de España. Desde Iturbide hasta los cristeros, los católicos mexicanos habían luchado por un prejuicio; en los sinarquistas encontraron un ideal. La Iglesia mexicana y el clero, aún bajo dirección laica, habían alcanzado al fin su mayoría de edad.

III. *El nacionalismo de los "termidorianos"*

En todas las revoluciones llega un momento en que el pueblo se cansa de la retórica, los tumultos y las matanzas. Desea recuperarse de la fiebre revolucionaria para reasumir un modo de vivir más normal y seguro. En este momento, la revolución detiene su marcha y la normalidad comienza. Esto es un proceso gradual y es imposible atribuirlo a un solo acontecimiento o a una sola serie de acontecimientos. Generalmente se caracteriza por la amnistía a los adversarios políticos, que pueden regresar del destierro, la represión contra quienes desean seguir aplicando medidas radicales contra los terroristas revolucionarios, y la concentración del poder sobre una base estrecha. La "nueva clase" creada por este proceso es en general un elemento muy mezclado, poco homogéneo respecto a sus orígenes sociales, su educación, su ideología y su antigua afiliación partidista. Su característica común es solamente una cierta flexibilidad gracias a la cual ha logrado sobrevivir. Generalmente sus miembros son eficaces para lograr que instituciones, leyes, rutinas, modos necesarios de hacer las cosas, funcionen nuevamente. Sin excepción, emplean aún la jerga y los símbolos de la revo-

lución por medio de la cual ascendieron al poder. Este proceso de pasar de la revolución a la normalidad ha sido llamado por Crane Brinton "la reacción termidoriana".⁶⁸

México experimentó esta reacción del termidor entre 1920 y 1934. Si los años entre 1934 y 1940 fueron testigos de una reacción contra ese fenómeno, en 1940 el proceso continuó a un ritmo acelerado. Entre 1920 y 1934 los expatriados de la época porfiriana regresaron, la reforma agraria se contuvo, los adversarios del régimen fueron asesinados, y el poder se concentró cada vez más en las manos del general Calles y su camarilla. La facción ascendente —coalición de militares, trabajadores, capitalistas y burócratas políticos— cambiaba lentamente su preocupación de reforma en la preocupación por los bienes, el poder y el placer. Había llegado el momento en que el fin de la Revolución sería benéfico para muchos. Los militares importantes se habían enriquecido, así como los líderes de los sindicatos y los políticos.⁶⁹ El nuevo gobierno, al igual que sus predecesores, había engendrado una extensa clase de funcionarios que se interesaba en hacer respetar la ley y el orden. También había una clase media que aumentaba lentamente y que deseaba la estabilidad para lograr el desarrollo industrial.

El gobierno encaraba muchos problemas. La disolución de los grandes latifundios creó desajustes sociales y económicos muy agudos. La producción de alimentos en general bajó repentinamente con la reforma agraria. Más allá de la frontera estaba el "coloso del norte", cuyo gobierno se oponía a una política agraria radical y cuyos intereses comerciales y eclesiásticos presionaban para efectuar una intervención. La Revolución fue gloriosa, pero México necesitaba las inversiones extranjeras.

A medida que los líderes envejecían, se volvían más conservadores. La mayor parte de ellos había nacido entre 1870 y 1880 y ya no era joven en 1930.⁷⁰ Fueron empujados desde abajo por hombres más jóvenes que aspiraban al poder y la riqueza. Además, habían emigrado a la ciudad y se habían contaminado con el lujo y los atractivos de un mundo nuevo e incitante.⁷¹ Joaquín Amaro, indio de pura cepa que fue el secretario de la Defensa de Calles durante seis años, se quitó el

arete que pendía de su oreja, aprendió a hablar buen inglés, y añadió la elegancia del polo a su gran habilidad como jinete.⁷² Howard Cline llama "la dinastía del norte" a este grupo dominante, y lo compara a los borbones de España. Eran fundamentalmente hombres de rancho y hacienda. Estaban dispuestos a renunciar a sus ideales en favor del progreso material; como los borbones, confiaban en una inteligente clase media burócrata formada por hombres nuevos dedicados a la administración; se oponían al colectivismo y estaban decididos a establecer una sociedad agrícola de pequeños propietarios.⁷³ Desde el punto ideológico eran los herederos de una larga sucesión de liberales del siglo XIX, de Guerrero a Madero, llenos de fe en el progreso material, el individualismo, el anticlericalismo y el nacionalismo. Se distinguían de sus predecesores sólo por su falta de educación y por su dependencia pragmática de un gobierno firme. Muchos de ellos, como Molina Enríquez y Pastor Rouaix, nunca habían pensado ir más allá de una reforma agraria moderada, con la idea de establecer una clase media rural. Este grupo había chocado con los militares radicales en el Congreso Constituyente de 1917.⁷⁴ Este conflicto iba a perpetuarse en los años siguientes.

El proceso de la reacción termidoriana dirigida por la dinastía norteña se observa mejor en la controversia sobre la reforma agraria. La Revolución había llevado a cabo una cierta redistribución de tierras, pero una porción considerable de ellas formaba parte todavía de los grandes latifundios. Muchos de estos latifundios habían ido a parar a manos de los nuevos ricos de la Revolución. Los líderes revolucionarios conservadores, llamados a menudo "veteranos", estaban convencidos de que el programa ejidal había fracasado. Las parcelas entregadas bajo este sistema no podrían adaptarse a la moderna agricultura mecanizada. Además, la lentitud con que se llevaba a cabo la reforma agraria había impedido que se normalizara la producción, ya que creaba un clima de inseguridad y desconfianza entre los dueños de las tierras. El programa ejidal debía terminarse y los terratenientes grandes y pequeños tenían que contar con suficientes garantías. Debía formarse una clase media

y debían efectuarse reformas revolucionarias por medio de proyectos de irrigación, buenas carreteras, bancos y cooperativas agrícolas. En una entrevista del día 30 de mayo de 1933, el presidente Calles dijo:

Ha llegado el momento de establecer en nuestro programa un plan para completar la dotación final de ejidos lo más pronto posible. Así constituiremos pequeñas granjas de mayor tamaño que el ejido. . . Nuestros ejidatarios, por la compra de estas subdivisiones de los latifundios, podrían elevarse y convertirse en pequeños propietarios.⁷⁵

Durante la administración de Calles la repartición de tierras se hizo cada año en menor escala y después de 1932 los ejidos no recibieron ya nada.

Durante la administración de Cárdenas desde 1934 hasta 1940, los revolucionarios conservadores fueron testigos de las intrigas y maniobras que llevaron a sus líderes a la pérdida del poder. Calles, Amaro y Morones, el líder de los trabajadores, fueron desterrados. La administración cardenista constituyó en parte una resurrección del agrarismo y en parte la expresión de disgusto frente al hedonismo que ahora caracterizaba al gobierno.⁷⁶ También fue la insurgencia de una juventud impaciente contra sus mayores. Sin embargo, el poder de la reacción del termidor no había sido quebrantado: ésta seguía latente en la clase de funcionarios de la cual dependen todos los gobiernos.⁷⁷ Mientras esto acontecía, los destituidos líderes de los veteranos preparaban otra tentativa para adueñarse del poder bajo el mando del general Juan Andreu Almazán, el millonario dirigente de Monterrey, la mayor ciudad industrial de México.⁷⁸

El general Almazán era el jefe lógico de los conservadores. En los principios de su carrera se había comprometido a apoyar a Huerta y éste le había concedido el grado más alto del ejército mexicano.⁷⁹ Más tarde había reparado sus errores y había ascendido en los círculos revolucionarios. Nunca fue radical en ningún sentido y en 1937 informó a Calles que él no cooperaría llevando a cabo "las infames persecuciones religiosas".⁸⁰ Después de 1930 se opuso al plan de Cárdenas de armar a la clase obrera.

Su campaña presidencial tuvo en general un carácter negativo: en ella atacó los abusos de la Revolución. Su programa incluía la restauración de los derechos de la Iglesia Católica, la disolución de los ejidos y el fin de la colaboración forzosa del trabajo y el capital. Muchos de los antiguos líderes revolucionarios lo apoyaron. Muchos militares se licenciaron para ayudarle en su campaña.⁸¹ También lo apoyaban los pequeños propietarios de la clase media que se oponían a la política ejidal e inflacionista del gobierno de Cárdenas; a ese grupo hacía cabeza el gobernador de Michoacán, Gildardo Magaña. A su lado se encontraba gente tan disímbola como Diego Rivera, la antigua aristocracia criolla, los petroleros y los fascistas.⁸² Pero todo era en vano: no había manera de derrotar al partido oficial. Los intereses creados durante el régimen cardenista se unieron para apoyar al candidato oficial, el general Ávila Camacho. El curso que la campaña electoral y el futuro de México iban a seguir quedó claro cuando el general Ávila Camacho afirmó que él mismo era un católico creyente.

Entre los años de 1920 y 1940, otra tradición conservadora se había desarrollado en México: era la de los termidorianos de la Revolución y tuvo un doble ímpetu. En primer lugar, era pragmática: el anhelo de justicia y orden, traería consigo la estabilidad, con la cual, según esperaban sus defensores, se aseguraría el progreso material de México.⁸³ Con esto se pondría fin a la agitación, a la reforma agraria y a la persecución religiosa. Existía también la esperanza de que los nuevos ricos conservarían sus ganancias y las clases administrativas seguirían en sus empleos. En segundo lugar, era la continuación del liberalismo de Madero basado en el individualismo, la educación, el anticlericalismo. La Revolución había cumplido todo lo que podía desearse, y existía ahora un sincero deseo de ponerle fin. Como suele ocurrir, los revolucionarios de una época se convirtieron en los conservadores de la siguiente.

NOTAS

¹ Este cambio ha sido elocuentemente descrito por el historiador GONZÁLEZ NAVARRO, quien escribe: "La actual etapa de la revolución parece ser un verdadero termidor... Se ha pasado del jacobinismo democrático, tal vez un poco ingenuo pero sincero, al despotismo ilustrado que recuerda a los científicos porfiristas... el énfasis en la necesidad de la paz social revela claramente el predominio burgués sobre los intereses proletarios; el pensamiento revolucionario es cada vez más un producto urbano y académico en contraposición a los años iniciales en que fue agrario y espontáneo". "La ideología de la Revolución mexicana", *Historia Mexicana*, x: 4 (abril-junio, 1961), p. 637.

² Ernest GRUENING, *México and its Heritage*, Nueva York, Appleton Century-Crofts, 1928, p. 229.

³ Frank TANNENBAUM, *Peace by Revolution*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1933, pp. 44-66.

⁴ Un estudio sobre el culto de la imagen de la Virgen y muchas de sus implicaciones ha sido hecho por Francisco DE LA MAZA en *El Guadalupanis-mo Mexicano*, México, Porrúa y Obregón y Antigua Librería Robredo, 1953.

⁵ Frank TANNENBAUM, *México-The Struggle for Peace and Bread*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1960, p. 13.

⁶ Citado en GRUENING, *op. cit.*, p. 213.

⁷ Citado en Marjorie CLARK, *Labor in Mexico*, Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1934, p. 96.

⁸ GRUENING, *op. cit.*, p. 216.

⁹ CLARK, *op. cit.*, p. 88.

¹⁰ Alfonso JUNCO, *Un siglo de México*, México, Ediciones Botas, 1934, p. 241.

¹¹ Henry Bamford PARKES, *A History of Mexico*, Boston, Houghton Mifflin, 1938, p. 384. CLARK, *op. cit.*, p. 89.

¹² CLARK, *op. cit.*, p. 91.

¹³ *Ibid.*, p. 93.

¹⁴ John DULLES, *Yesterday in Mexico*, Austin, Univ. of Texas Press, 1961, pp. 298-299.

¹⁵ CLARK, *op. cit.*, p. 93.

¹⁶ DULLES, *op. cit.*, p. 300.

¹⁷ *Ibid.*, p. 303.

¹⁸ CLARK, *op. cit.*, p. 92.

¹⁹ DULLES, *op. cit.*, p. 306.

²⁰ Salvador de MADARIAGA, *Latin America Between the Eagle and the Bear*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1962, p. 19.

²¹ DULLES, *op. cit.*, p. 300; GRUENING, *op. cit.*, p. 228.

²² GRUENING, *op. cit.*, p. 227.

- ²³ Carleton BEALS, *Mexican Maze*, Philadelphia y Londres, J. B. Lip-pincott, 1931, p. 241.
- ²⁴ DULLES, *op. cit.*, p. 310.
- ²⁵ *Ibid.*, p. 397.
- ²⁶ Howard CLINE, *The United States and Mexico*, Cambridge, Harvard Univ. Press, 1961, p. 201.
- ²⁷ GRUENING, *op. cit.*, p. 286.
- ²⁸ BEALS, *op. cit.*, p. 310.
- ²⁹ Denis MCHENRY, *A Short History of Mexico*, New York, Dolphin Books, 1962, p. 148; PARKES, *op. cit.*, p. 384; BEALS, *op. cit.*, p. 312.
- ³⁰ TANNENBAUM, *Peace by Revolution*, p. 67.
- ³¹ GRUENING, *op. cit.*, p. 285.
- ³² John JOHNSON, *Political Change in Latin America*, Stanford, Stan-ford Univ. Press, 1958, pp. 151-152.
- ³³ BEALS, *op. cit.*, pp. 320-325; PARKES, *op. cit.*, p. 385.
- ³⁴ DULLES, *op. cit.*, p. 530.
- ³⁵ CLARK, *op. cit.*, p. 93.
- ³⁶ CLINE, *op. cit.*, p. 220; Nathaniel and Sylvia WEYL, *The Reconquest of Mexico*, Londres, Oxford Univ. Press, 1939, p. 7.
- ³⁷ WEYL, *op. cit.*, p. 153.
- ³⁸ DULLES, *op. cit.*, p. 645.
- ³⁹ Antonio GÓMEZ ROBLEDO, *The Bucareli Agreements and Internatio-nal Law*, México, University of Mexico Press, 1940, p. 224.
- ⁴⁰ Eduardo J. CORREA, *El Balance del Cardenismo*, México, 1941, pp. 310-311. El señor Correa, a lo largo de todo su libro, pero especialmente en las pp. 263 a 311, hace una lista de los abusos cometidos en contra de la Iglesia bajo el régimen cardenista. Según él, Cárdenas faltaba a la ver-dad al hablar de tolerancia religiosa. Cárdenas dijo: "Disimulo por di-simulo".
- ⁴¹ Lois Elwyn SMITH, *Mexico and the Spanish Republicans*, Berkeley, University of California Press, 1955, p. 174.
- ⁴² Betty KIRK, *Covering the Mexican Front*, Oklahoma City, Univ. of Oklahoma Press, pp. 317-318.
- ⁴³ KIRK, *op. cit.*, p. 315.
- ⁴⁴ Arthur P. WHITAKER, *Inter American Affairs, 1942*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1948, pp. 24-31.
- ⁴⁵ Nathan L. WHETTEN, *Rural Mexico*, Chicago, University of Chicago Press, 1948, p. 488.
- ⁴⁶ WHETTEN, *op. cit.*, pp. 490-491. Cita *El Sinarquista* del 26 de octu-bre de 1934: "Campesino, la tierra debe ser tuya... Aquí en el Sinarquis-mo no encontrarás al intermediario, al abogado, al político profesional, al intelectual pedante, al ideólogo; encontrarás al calor del pueblo, la savia del pueblo, el espíritu de la mente popular".
- ⁴⁷ Edward SKILLIN, *Commonweal*, XL: 8 (9 de junio, 1949), p. 178
- ⁴⁸ CLINE, *op. cit.*, p. 293; SKILLIN, *op. cit.*, p. 177.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ WHITAKER, *op. cit.*, p. 26. El Dr. Whitaker llamó al sinarquismo "el mayor y mejor movimiento hispanista".

⁵¹ En *El Sinarquista* aparecía una columna sobresaliente encuadrada en un marco negro que decía "El sinarquismo está luchando por la restauración de un orden cristiano, y la democracia liberal, así como el nazismo, el fascismo y el comunismo, son contrarios a este orden". WHITAKER, *op. cit.*, p. 28.

⁵² SKILLIN, *op. cit.*, p. 178.

⁵³ WHETTEN, *op. cit.*, p. 408.

⁵⁴ *Folleto para jefes*, citados en WHETTEN, *op. cit.*, p. 408.

⁵⁵ Leslie SIMPSON, *Many Mexico's*, Berkeley, Univ. of California Press, 1960, p. 302.

⁵⁶ J. H. PLENN, *Mexico marches*, Indianapolis, Bobbs Merrill, 1934, p. 56.

⁵⁷ SIMPSON, *op. cit.*, p. 257.

⁵⁸ SMITH, *op. cit.*, pp. 176-177.

⁵⁹ Este autor fue un jefe de Acción Nacional.

⁶⁰ JUNCO, *op. cit.*, pp. 75-78.

⁶¹ *Ibid.*, p. 193-194.

⁶² *Ibid.*, p. 235.

⁶³ Lo llama "un paladín de la esencia mejicana".

⁶⁴ Toribio ESQUIVEL OBREGÓN, *Foreign Affairs*, vol. I (marzo, 1923).

⁶⁵ *Ibid.*, p. 137.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 125.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 137.

⁶⁸ Crane BRINTON, *Anatomy of Revolution*, Nueva York, Vintage Books 1958, pp. 215-249.

⁶⁹ Una avenida en las Lomas de Chapultepec, barrio de la ciudad de México donde Calles y sus incondicionales tenían sus mansiones, era conocida como "la avenida de los cuarenta ladrones" o "la calle de Alí Babá". SIMPSON, *Many Mexico's*, p. 284.

⁷⁰ En 1930, Calles tenía 53 años, Cabrera 54, Rouaix 56, Serdán 53, etc. Los hombres que rodeaban a Cárdenas eran más jóvenes. GONZÁLEZ NAVARRO, *op. cit.*, p. 634.

⁷¹ Quizá la mejor descripción de este proceso ha sido hecha por Frank TANNENBAUM quien escribe acerca de este triste declinar del idealismo: "Habían arriesgado sus vidas por redimir al pueblo de la pobreza y el servilismo, y si alguien hubiese inquirido, todos y cada uno habrían declarado que éste era su fin principal, y sin embargo, en la primera ocasión se dejaron vencer fácilmente por la riqueza y el poder... Cuando jóvenes, habían salido de sus pueblos descalzos, acostumbrados a dormir en el suelo y casi iletrados, y después de algunos años pasados en el campo de batalla se encontraban colocados en altos puestos con grandes responsabilidades. Este nuevo mundo

estaba lleno de tentaciones... y ellos sucumbían porque no tenían ninguna fuerza moral, ninguna filosofía, ninguna fe, ninguna jerarquía de valores, ningún sentido del ancho mundo. Este mundo, y sobre todo la gran ciudad, era demasiado para ellos". *The Struggle for Peace and Bread*, pp. 69-70.

⁷² Anita BRENNER y George LEIGHTON, *The Wind that Swept Mexico*, Nueva York, Harper, 1943, p. 75.

⁷³ CLINE, *op. cit.*, pp. 142-213.

⁷⁴ El general Mújica dijo a Tannenbaum que los militares querían nacionalizar la propiedad, pero no se habían atrevido a causa de la oposición de los intelectuales, y habían transado respecto al artículo 27. TANNENBAUM, *Peace by Revolution*, p. 167.

⁷⁵ Citado por Eyley M. SIMPSON, *The Ejido - Mexican Way Out*, Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1937, p. 441.

⁷⁶ BRINTON, *op. cit.*, p. 237. El autor dice que este tipo de reacción en contra del hedonismo de los funcionarios tiende siempre a ocurrir en las sociedades postrevolucionarias.

⁷⁷ José Vasconcelos, en una entrevista concedida en 1959, se refiere a esta clase en términos muy duros:

"La revolución ha engendrado un monstruo muy extraño, el general millonario y revolucionario: con lágrimas en los ojos, expresa constantemente su amor hacia los pobres y, mientras hace esto, se dedica a despojarlos". *Texas Quarterly*, II: 2 (primavera de 1959), p. 63.

⁷⁸ Se había hecho rico mediante concesiones gubernamentales. SIMPSON, *Many Mexico's*, p. 293.

⁷⁹ Josephus DANIELS, *Shirt-Sleeved Diplomat*, Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1947, p. 81.

⁸⁰ DULLES, *op. cit.*, p. 311.

⁸¹ Edwin LIEUWEN, *Arms and Politics in Latin America*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1961, p. 123.

⁸² Según Josephus Daniels, la prensa española vaticinó la elección de Almazán y alardeó de su amistad con Franco. DANIELS, *op. cit.*, p. 81.

⁸³ Un ejemplo típico de este punto de vista lo tenemos en la apología dedicada al general Calles por Luis LEÓN: "El general Calles puso las bases de un gobierno firme y estable, organizando las fuerzas anárquicas que surgieron de la violencia revolucionaria. Fue un gran gobernante". *Historia Mexicana*, X: 2 (octubre-diciembre 1960), p. 381.

Pero se tiene una opinión muy diferente del presidente Calles en el artículo de LOMBARDO TOLEDANO, "El trabajo en México", *The Annals*, 208 (marzo, 1940), p. 50, en donde Calles aparece como un hombre comprometido con los banqueros de Wall Street. Toledano acusa a Calles de tratar de sofocar las justas reivindicaciones obreras y de someterse al imperialismo norteamericano, y así ser la causa de que México continuara como "un país semi-colonial sin los derechos de un verdadero estado soberano".